

# El comparatismo historicista de Fidelino de Figueiredo

La personalidad de Fidelino de Sousa Figueiredo (1888-1967) como publicista, ensayista e historiador, incluso como peculiar autobiógrafo, no encuentra fácil parangón entre los intelectuales portugueses de su tiempo. Más que por vincularse con algún proyecto específico, la singularidad de su trayectoria procede del modo en el que llegó a ejercer y conjugar un vasto catálogo de tareas inscritas en el campo de los estudios literarios y también en el de una intervención directa en la vida pública, aspecto este sobre el que recapacitaría en sentido general en un libro de 1936 que tituló *Problemas de ética do pensamento: O dever dos intelectuais*. Por otra parte, y especialmente en la producción previa a su instalación en Brasil, Figueiredo se muestra como un pensador no ajeno a la contradicción interna, resultado probable tanto de su precocidad como de su fecunda elocuencia y de la pluralidad de intereses más o menos apremiantes. Ello originó una concepción de la escritura en la que las revisiones y adaptaciones de artículos, folletos o monografías son bastante frecuentes.

Respecto a la segunda de las dos vertientes indicadas, merece destacarse la participación en tareas parlamentarias y gubernativas a finales del segundo decenio del siglo XX, vinculadas sobre todo con las funciones que asumió en el Ministerio de Instrucción Pública. Resulta asimismo reseñable su compromiso entre 1911 y 1928 con el proyecto científico y a la vez político de la *Sociedade Portuguesa de Estudos Históricos* (SPEH) así como con su órgano, la *Revista de História*, de la que fue director. El proyecto aspiró a servir a la causa de lo que en uno de sus primeros libros Figueiredo había consagrado como *el espíritu histórico*, una suerte de impulso regeneracionista con

capacidad para encauzar socialmente las energías y potencialidades nacionales y conjurar así el desconcierto que en su percepción colapsaba al pueblo y al estado. Significativa igualmente fue su toma de posición, desde la derecha monárquica tradicionalista que inspiraba también los principios fundacionales de la SPEH (nacionalistas, antirrepublicanos, antipositivistas), contra los rumbos de la conocida como Revolución de 1926. De hecho, su participación en agosto de 1927 en una de las muchas revueltas fracasadas contra la dictadura militar, que se había hecho con la gobernación de la República quince meses antes y que acabaría desembocando en 1933 en el Estado Novo de Oliveira Salazar, fue decisiva para la trayectoria intelectual y académica de Fidelino de Figueiredo. Y en realidad, para su vida, como enseguida se detallará.

En cuanto al primero de los cometidos señalados, el centrado en los estudios literarios, alcanzó gran peso específico su prolífica dedicación al estudio del legado histórico-cultural más inmediato, el de su país, y en simultaneidad la atención que prestó hacia la renovación metodológica de tres disciplinas para las que siempre intentó localizar coordenadas comunes en un horizonte caracterizado como universal: la crítica literaria, la literatura comparada y la historia en general.

Sus notables contribuciones en estas tres áreas, en más de un caso punteadas transversalmente con distinta intensidad desde la perspectiva sociológica, su dedicación hispanística y un cosmopolitismo declarado, estuvieron inspiradas a menudo por el seguimiento directo y no siempre favorable de quienes protagonizaban los respectivos cambios de rumbo en la esfera internacional (Spencer, Brunetière, Durkheim, Berr, Seignobos, Rickert, Menéndez Pelayo, Milà i Fontanals, Bédier, Croce y Spengler, por citar solo algunos nombres), aunque a la vez contaron con firme anclaje en la tradición e incluso —en el plano estético también— en un tradicionalismo elitista que de modo algo paradójico Figueiredo solía describir como *progresivo*. Digna de especial mención sigue siendo la compleja tarea asumi-

da con poco más de veinte años en su *História da crítica literária em Portugal*, cuya segunda y definitiva edición vio la luz en 1916 y que sigue constituyendo un referente ineludible para cualquier aproximación al pensamiento literario portugués. Su correlato metodológico y programático, no menos importante, está constituido por el volumen de 1912 *A Crítica literária como ciência*, muy ampliado en su versión definitiva, ocho años posterior.

La particularidad de Fidelino de Figueiredo se acentúa aún por el hecho cierto de que, habiendo desarrollado funciones docentes en universidades de España, Brasil y Estados Unidos de América, no llegara a ocupar puesto académico alguno en las universidades de su propio país, si bien dirigió en dos ocasiones la Biblioteca Nacional, ambas por brevísimo tiempo. En datos como este radica con probabilidad el motivo de que entre sus discípulos se mencione apenas el nombre de algunos académicos brasileños. Ahí se localiza asimismo la razón de su paulatina pérdida de proyección pública, disipada sin aparente vuelta atrás hasta hace bien poco entre los especialistas portugueses en pensamiento estético e historiografía cultural. Y ello incluso antes del momento en el que Fidelino de Figueiredo optó por instalarse profesionalmente en tierras americanas, a partir de 1936.

Ocurrió esto tras una agitada etapa en el plano político cuyos orígenes cabe situar en su participación en Integralismo Lusitano, movimiento inspirador de la frustrada revuelta tradicionalista antes mencionada. Consecuencia de tal implicación fue un destierro a Angola por conspiración, quebrantado a los pocos días de su llegada a Luanda para pasar a instalarse en Madrid por dos años. En la capital de España Figueiredo desarrolló tareas periodísticas, en la prensa dependiente de la Asociación Católica de Propagandistas, y académicas, estas como profesor de Lengua y Literatura Portuguesa en la Universidad Central, y esperó la concesión de la amnistía que le permitiría regresar a su país en 1929. Entre estas fechas y la de su contratación en 1938 por la Universidade de São Paulo se centró en

su trabajo como publicista, en el estudio de los grandes clásicos de la literatura portuguesa, en su conocimiento de primera mano de la vida cultural española, con privilegiada atención a la obra de la generación del 98 y singularmente a Unamuno, Maeztu y Menéndez Pidal, y en el dictado de cursos o conferencias en diferentes universidades europeas, estadounidenses y latinoamericanas.

La relativa revitalización de su pensamiento no se alcanzó en el momento de su regreso a Portugal, enfermo y ya jubilado, a comienzos de los años cincuenta sino que hubo de aguardar por una coyuntura más propicia y ciertamente reciente. En mi criterio, vino de la mano de dos factores. En primer término, de la atención que la academia portuguesa presta desde mediados de los años ochenta a los procesos constitutivos de la historiografía nacional, incluida aquí desde el primer momento la parte correspondiente a la historia literaria. El segundo factor es consecuencia de la imposibilidad de desligar lo anterior de un punto de vista comparatista ejercido sobre el espacio europeo pero lo es también de una proyección directa y personal, la de una intensa dedicación al comparatismo literario, algo que afectó en profundidad a los análisis histórico-culturales sobre el espacio ibérico planteados por el polígrafo portugués.

Contribuciones fundamentales a la revitalización crítica del pensamiento estético y literario de Figueiredo, a menudo por contraposición de su método con el propio de Teófilo Braga, son entre otras las de João Palma-Ferreira, António Soares Amora, Carlos Manuel Ferreira da Cunha, José Cândido de Oliveira Martins y Pedro Serra. Este último, profesor de la Universidad de Salamanca, ha prologado y editado muy recientemente un sagaz, documentado y en su día controvertido ensayo, *Las dos Españas* (Urgoiti Editores, 2013), que Figueiredo publicó en portugués en 1932 y que apareció inmediatamente en traducción al castellano bajo el sello del Instituto de Estudios Portugueses de la Universidade de Santiago de Compostela.

Ocuparnos de este sector de la producción fideliniana es justamente lo que corresponde resolver ahora. Trataré por consiguiente

de trazar un esquema atento a su comprensión del estudio de las relaciones interliterarias hispano-portuguesas y a la constitución en paralelo de las respectivas tradiciones crítica e historiográfico-literaria, algo que por cierto Figueiredo llevó a cabo sin sentirse plenamente identificado con la etiqueta de *iberista*, que al menos en *Pyrene* llega a relegar.

Con el título original de *Pyrene: ponto de vista para uma introdução à história comparada das literaturas portuguesa e espanhola*, y como resultado de un curso impartido en Nueva York el año 1931 por invitación de Federico de Onís, profesor en Columbia University, publicaba Figueiredo en 1935 en su ciudad natal un ensayo que él mismo consideró que era la contribución fundacional a una parcela de conocimiento hasta entonces inédita. No otra, claro está, que la historia comparada de las literaturas ibéricas. Pensada y ejecutada con evidente predominio de las dos literaturas mencionadas en el título, en *Pyrene* se localizan asimismo referencias ocasionales a las otras dos literaturas peninsulares en lengua románica a las que el comparatista tuvo acceso, la catalana y en particular la gallega, adscritas a proyectos nacionales históricamente fracasados, según su criterio.

El indudable precedente dentro de la producción de Figueiredo lo constituyen, por una parte, el estudio *Características da literatura portuguesa* (1914) —dos años anterior a la publicación por Menéndez Pidal de su «Quelques caractères de la littérature espagnole», como él mismo observa en *Pyrene*—, y por otra su sugerente *Viagem através da Espanha literária*, publicado en Brasil en 1951 como parte final del quinto volumen de los *Estudos literários* del autor, aunque en realidad resultado de las colaboraciones en el periódico madrileño *El Debate* durante su bienio español como exiliado. Tanto *Características* como *Viagem*, cuya forma es la de reportajes que integran entrevistas a personajes destacados de la cultura española, son además publicaciones en las que el comparatismo cultural, histórico y literario emerge aquí y allá con perceptible frecuencia.

La recepción y fortuna crítica de *Pyrene* no lograron nunca en el mundo hispánico el alcance de *As duas Espanhas*. Así, y a diferencia de lo acontecido con este ensayo —con el que convergería en 1943 en una edición conjunta titulada *Espanha: uma filosofia da sua história e da sua literatura*—, la traducción de *Pyrene* al castellano se hizo esperar hasta 1971, cuando salió de los talleres madrileños de la editorial Espasa-Calpe. Consta no obstante que existió el proyecto de publicarla antes en Buenos Aires, concretamente en la Editorial Atlántida. En esta casa trabajó durante las dos fases argentinas de su exilio (1939-1949 y 1955-1961) la inspectora de enseñanza Carmen Muñoz Manzano (1906-2002), próxima a la pedagogía institucionista y colaboradora de las Misiones Pedagógicas de la Segunda República. Ella fue quien tradujo al castellano la monografía de Fidelino de Figueiredo que aquí se reproduce.

¿Cuáles son los ejes fundamentales propuestos por el autor en este libro? En primer lugar, convendrá indicar que estamos ante un texto sin duda homogéneo pero a la vez constituido por dos sectores bien diferenciados. El más amplio, con seis de los siete capítulos, compara el curso histórico de las literaturas española y portuguesa. El más breve, situado como capítulo de cierre, se centra en el recorrido de la actividad crítica en los dos países, con una atención muy enfocada hacia cierta formulación híbrida que Figueiredo denomina «crítica poética». Consiste esta en la incrustación del ejercicio crítico en textos de naturaleza ficcional o propiamente literaria. Se trataría de una serie de amplio recorrido cronológico, tanto en España como en Portugal, inaugurada en sentido pleno por Cervantes con su *Viaje del Parnaso* y continuada después por una amplísima nómina de literatos entre los que el autor cita a Quevedo, Lope de Vega, Gracián, António José da Silva, Filinto Elísio, Almeida Garret, Antero de Quental, Eça de Queiroz, Pardo Bazán, Clarín, Teófilo Braga, Fialho de Almeida, Valle-Inclán y muchos otros, incluido él mismo por su obra de 1929 *Notas para um idearium português*. En el razonamiento de Figueiredo los dos países se distinguirían del resto

de Europa por una clamorosa carencia de discurso crítico formulado de forma autónoma con objetividad y ante todo con criterio axiológico, y sostenido además como práctica institucionalizada en la vida literaria y en la esfera pública respectiva. Tal carencia habría inducido el impulso conducente a que a los propios escritores ejerciesen el juicio crítico personal en el seno de su propia producción literaria. No debieran perderse de vista a este respecto las duraderas diferencias que Figueiredo sostuvo con el legado de Teófilo Braga y con la propia tendencia positivista lusitana. Para nuestro comparatista, contrariamente al principio asumido por los continuadores del método histórico-literario positivista, la crítica tendría que impregnarse de criterio y de una mostración explícita de los valores de la obra estudiada, asumiendo además la existencia de todo cuanto el idealismo y la estilística convocaron bajo el marbete de *misterio creativo*. Se trata de aspectos que han sido luminosamente delimitados por Palma-Ferreira en su aproximación al método fideliniano.

Procedamos ya a perfilar los ejes aludidos. Para nuestro autor existe una definición de partida: la literatura es en su criterio *la expresión artística de un espíritu nacional en una lengua nacional*. Como es lógico, a partir de esta premisa de lo que se trata es de la concreción de la entidad de ese espíritu nacional que se desea no solo conocer sino además comparar con otro. En este punto acudiré Figueiredo a los logros de la célebre *Revue de Synthèse Historique*, convergente en algunos aspectos con el proyecto de la escuela de *Annales*, ante todo por la crítica común a la historiografía metódica inspirada por Leopold von Ranke y por la exigencia de que los historiadores arriesguen síntesis tras el ejercicio serial que corresponda previamente a los análisis.

Con apoyo en propuestas de Taine, Menéndez Pidal, Farinelli y Madariaga, entre otros, Figueiredo lanza una proposición fuerte a la hora de delimitar una caracterización de la literatura española. La radica en la centralidad de Castilla. La reconocida variedad de la literatura española no dejaría de girar para nuestro hispanista en

torno a algo compartido con el propio carácter español, con los ideales comunitarios e incluso con los usos lingüísticos populares. Algo que describe como una «fuerza primitiva» y una «nitidez extrema» en la presentación y desarrollo de temas, personajes y situaciones, a su modo de ver ajenos por completo a cualquier sutileza estética o moral. Tanto que, según recalca, la mentalidad castellana prefirió siempre la solución errada pero firme a la reflexión crítica o a la duda. De ello hace proceder Figueiredo la severa represión de toda heterodoxia, palmaria en el juicio siempre canonizador o en su caso excluyente de Menéndez Pelayo, y también la preferencia por los géneros literarios potenciadores de un ideal de lucha y porfía frente a aquellos otros *contaminados* de lirismo. Ese mismo ideal tendría para el investigador una correlación clara de tipo histórico, pues, al menos en su análisis, Castilla se forjó a partir del siglo XII en un combate de siglos contra la presencia musulmana en la península y, en simultaneidad ampliada, en la ofensiva aun más duradera contra lo que designa como particularismos regionales. Frente a ello, Figueiredo sitúa el espíritu nacional portugués, proclive precisamente al subjetivismo, la nostalgia y una especie de lirismo que salpicaría de manera transversal toda manifestación de cualquier género literario. Por otra parte, Portugal, desocupado del esfuerzo unificador y cohesionador emprendido con tenacidad por Castilla, se configuró estructuralmente como nación moderna en un período histórico relativamente breve, los siglos XV y XVI que determinaron su identidad por un estímulo volcado no hacia el interior como Castilla sino hacia el exterior. Justo el de un *fermento marítimo* siempre pendiente del océano.

Figueiredo presta atención, por otra parte, a las imagologías vigentes entre historiadores peninsulares, en especial en lo que afecta a la razón que sostiene la persistencia del otro (en términos nacionales, su éxito histórico). En este punto, retoma la consideración de las identidades peninsulares que impusieron con fortuna su signo frente a otras que lo perdieron. Muy en particular se fija en la ano-



malía histórica que para ciertas ópticas españolas o europeas supuso el mantenimiento de la soberanía nacional portuguesa —Portugal como una *casi España* o como una *España atenuada*—. Todo ello lo desarrolla Figueiredo pese a una *condición hispánica* que en relación con su propio país, lejos de rechazar, reaviva (de ahí la funcionalidad que atribuye al mito de Pirene). Conjuga así el comparatista motivos históricos, geográficos y etnoculturales pero sobre ellos impone una concepción hegeliana del espíritu y de la voluntad de hacer perdurar la diferencia. En su concepción de los procesos históricos esa voluntad sería gestionada por un protagonismo de los líderes y de las elites nacionales representado en la fortaleza de la monarquía.

Quizás más atrayente que esto que acabo de esquematizar sea la aplicación imagológica contemplada desde el otro lado de la frontera. Como Figueiredo razona, en determinada altura histórica, desde luego a partir de la proclamación en 1910 de la Primera República, de no explicitarse lo contrario en Portugal solía darse por segura la militancia compartida del intelectual en la hispanofobia y en la anglofilia. Estoy introduciendo por supuesto el complejo asunto del iberismo, una concepción de las relaciones políticas y culturales peninsulares que históricamente ha sido desarrollado con mayor enjundia por el pensamiento portugués que por el español pero que a la vez ha interesado más en España que en Portugal, si bien los matices resultarían inesquivables si introducimos la cuestión nacional periférica, en la que ahora no parece oportuno detenerse. Lo cierto respecto a lo señalado es que, al menos en *Pyrene*, nuestro comparatista expone una posición claramente alejada del iberismo ortodoxo decimonónico. El de un Oliveira Martins, por ejemplo.

Bajo óptica histórico-literaria resulta más que pertinente la introducción en el capítulo cuarto de *Pyrene* de la cuestión metodológica, con frecuencia uno de los caballos de batalla en toda aproximación comparada a las literaturas peninsulares realizada con filiación historicista. Es ahí donde resulta inevitable perfilar una posición sincronista o asincronista del curso de las literaturas portuguesa y espa-

ñola, opción que es evidente que conecta con varias otras de índole genológica y también con consideraciones como las atinentes a la institucionalización, la recepción, los intercambios repertoriales (las viejas *influencias* de las que se ocuparon los estudios crenológicos), las traducciones o la distribución oralidad/escritura.

Los hallazgos y las iluminaciones de Figueiredo son notables en el repaso que efectúa por estas y otras esferas, en el que no se obvia la atención al presente inmediato, marcado como otras fases históricas por el signo de la asincronía. El examen, por otra parte, deja en claro algunas de sus preferencias como lector, además de sus intereses más firmes como investigador literario y también —dígase todo— sus íntimas contradicciones y aporías. Entre los objetos de atención predilectos señalaría el *Romancero* y su pervivencia en la modernidad, incluso en el continente americano, con esa noticia que parece asombrar a nuestro hispanista cuando menciona la vitalidad del corrido mexicano e incluso la atención académica que, según comprueba, merece tal modalidad en la academia estadounidense.

Comparte Figueiredo, en fin, con la mayor parte de los analistas de los procesos históricos de las literaturas peninsulares la existencia de un *paralelismo asincrónico* que incide en la caracterización diferenciada de aquellas y que incluso activa, fecunda y profundiza los contrastes. Convierte todo ello en tarea verdaderamente complicada, aporética de nuevo si se quiere, la ejecución de un programa historicista peninsular como el heredado de Menéndez Pelayo, que sigue sin ser fácil de abordar con las herramientas que las metodologías del comparatismo de la segunda mitad del siglo XX han puesto en manos de la investigación más reciente en ese campo.

Permítaseme concluir agradeciendo a mi querido y admirado amigo José Manuel Rico, profesor de Literatura Española en la Universidad de Huelva, la confianza que depositó en mí al invitarme a redactar esta introducción. Releer a Fidelino de Figueiredo no solo me ha permitido regresar a investigaciones que siempre me han importado sino también al vivísimo recuerdo del trato mantenido durante años

con personas tan excepcionales como Carmen Muñoz, la traductora de *Pyrene*, que padeció con dignidad y lealtad a la República un largo exilio en compañía de su esposo, el dramaturgo y ensayista Rafael Dieste, y Carlos Ferreira da Cunha, profesor de Teoría literaria en la Universidade do Minho fallecido hace pocos meses y autor de un libro fundamental para la cabal comprensión de las razones expuestas por el comparatista del que nos hemos ocupado, *A construção do discurso da história literária na literatura portuguesa do século XIX* (2002). Van en su memoria estas páginas.

Arturo Gasas  
Universidade de Santiago de Compostela